

Harold Laski, *Los peligros de la obediencia*, Sequitur, 2017. 92 pgs.

En un mundo plagado de obediencia inconsciente, que tiende a aletargar cada vez más a la ciudadanía desde el inicio de los tiempos y a llevarla al conformismo, surgen por parte de diversos autores impulsos de analizar el porqué de todo esto. Uno de ellos será el británico Harold Laski, cuya segunda edición de *Los peligros de la obediencia*, será la obra que reseñaré a continuación.

Esta segunda edición, impresa por la editorial Sequitur en Madrid en septiembre de 2017, es una traducción del inglés al español de Antonio José Antón Fernández que consta de 92 páginas.

La obra comienza con una breve presentación del autor, en la que se destacan principalmente la ideología del mismo, así como los movimientos sociales en los que estaba implicado. Laski fue un autor de izquierdas destacado por su conciencia crítica, que con el tiempo fue adquiriendo una postura cada vez más clara sobre el papel del Estado, a través de la cual defendía el pluralismo como elemento fundamental para la consecución de una estructura realmente democrática a escala nacional.

La idea de socialismo moderado pluralista como medio para combinar aspiraciones de igualdad y de libertad individual será la que defenderá a lo largo de la obra, dividiendo la misma en tres partes que sirven para observar cómo llega a esa conclusión.

En el primer bloque, titulado *Los peligros de la obediencia*, partirá de la premisa de que occidente debe todos sus descubrimientos a personas que se han mostrado escépticas frente a verdades hasta entonces consideradas indubitables, para llegar a la idea de que el hombre tiende a refugiarse en la obediencia, suprimiendo sus impulsos para mantener su comodidad personal.

Esto da lugar a una sociedad que impide una vida plena, concebida como aquella en la que se puede ser escéptico con lo que la tradición considere absoluto, dejando espacio para creer en la experiencia individual. Entonces, aunque reneguemos de los actos del gobierno, basados en el convencionalismo, éstos subsisten porque al callar, los consentimos.

Según avanza la lectura, se puede observar cómo Laski define la libertad como la posibilidad de expresar sin trabas la propia personalidad, siendo la clave para mantener esa libertad, la protesta ante lo injusto. Por este motivo, si el hombre no hace valer su respecto a las imposiciones y no se une a otros para defender su punto de vista, su vida se puede convertir en una frustración de sus aspiraciones personales. Por ello, la tiranía busca el letargo de la conciencia ciudadana.

Únicamente una ciudadanía vigilante del poder podrá aspirar a la libertad, y solo será un Estado seguro aquel basado en las conciencias de sus ciudadanos. De esta forma, al negar los juicios individuales, niega la posibilidad de mejorar esos mismos juicios, creando mentes esclavas y dando lugar al estancamiento.

Concluye esta parte argumentando que los triunfos de una conciencia libre llevan al ideal, y planteando la idea del próximo bloque: la riqueza ligada a la supremacía moral.

El segundo bloque lo titulará *Civilizar el mundo de los negocios*, y partirá de la idea del dinero como base de nuestra sociedad para presentar el hecho de que cuanto más riqueza tengas, más idolatrado serás, concepción que da lugar al paso de notoriedad de estadistas a empresarios.

Este ánimo de lucro es incapaz de construir una sociedad ordenada, y, además, la esclavitud ante las máquinas se hace rentable, por lo que se debería someter este afán de lucro a ciertos principios para no degradar al ser humano.

Por estos motivos, hay que civilizar el mundo de los negocios o la civilización, entendida como la estructura social de personas con tiempo libre para fines nobles, desaparecerá. Por consiguiente, considerando la adquisición de propiedades como un fin innoble, se podría concluir que la sociedad ha perdido el sentido de la civilización. La propiedad debe ser una recompensa por el esfuerzo. Además, mientras que el Estado gobierna según lo que aprueba la asamblea legislativa, la empresa tiene carácter autocrático, ya que los empleados no opinan.

Surge la necesidad de organizar la gestión de negocios para someterlos al interés general, que se lograría erradicando del mundo de los mismos los hábitos que no aceptamos en otras profesiones, es decir, profesionalizándolos.

En el último bloque, titulado *Las limitaciones del experto*, establece que el hombre sencillo es ignorante del mundo que le rodea y que, por consiguiente, no puede juzgarlo, confiando decisiones fundamentales a los expertos y tomando las mismas por definitivas. Es entonces necesaria una figura que encarne el conocimiento técnico de los expertos en el sentido común y que lo aplique, haciéndolo llegar al hombre común, es decir, un mediador de ideas que combine las mismas en un programa coherente.

Esta figura será la del estadista, cuya conclusión ha de parecerle bien a los expertos y a la multitud, pues no cabe mantener un sistema político en contra de los deseos de ésta última ya que es quien sostiene el sistema. Además, la opinión de la ciudadanía sobre ciertas políticas ha de ser conocida para saber las repercusiones de las mismas y que estas sean tenidas en cuenta por los expertos para enfocar sus proyectos.

De esta manera el público gana confianza y el experto, perspectiva, que será el secreto de la estabilidad y la salvaguarda contra la burocracia.

Andrea Asperilla Díaz.
andraspe@ucm.es